

¿Quo vadis Europa?

El proyecto europeo de integración, del que el euro es una pieza fundamental, se encuentra en una encrucijada existencial. Su crisis y las políticas que se han aplicado para superarla tienen graves consecuencias para el futuro de Europa y su papel en el mundo

Es ya evidente que las políticas de consolidación fiscal simultáneas y aceleradas impuestas por Alemania y la Comisión Europea han debilitado más que fortalecido a las economías de la eurozona. Y que el euro no ha conseguido dos de sus más importantes objetivos: hacer converger las economías de los países que lo habían adoptado como moneda y preparar el camino para la unión política. En realidad, nunca las economías europeas habían divergido tanto como ahora. Y se ha creado una nueva división de Europa entre unos países centrales, el llamado Club Báltico, que han sorteado la crisis y tienen que venir en ayuda de los países periféricos, el Club Mediterráneo más

Irlanda, a cambio de condiciones de ajuste que han provocado una profunda recesión y una creciente y peligrosa erosión social.

Una unión monetaria que no ha estado acompañada de una unión fiscal y una coordinación de las políticas económicas que corrigiera los desequilibrios estructurales ha servido para acabar con la guerra de las monedas en Europa, pero también para enmascarar diferenciales de competitividad y propiciar endeudamientos insostenibles. La supervivencia del euro se está pagando con ajustes muy dolorosos que son el resultado de políticas inadecuadas.

En países como España, Italia, Grecia y Portugal, donde los costes sociales de las políticas de ajuste han sido especialmente graves, se tiene la sensación de que sus Gobiernos nacionales, cualquiera que sea su color, están obligados a aplicar políticas decididas

por los países más poderosos sin control democrático. Emerge un sentimiento antialemán y movimientos populistas que reclaman menos integración y vuelta al proteccionismo. Para superar esta dinámica, hace falta una mayor participación democrática en las políticas europeas y que estas demuestren que Europa sirve para impulsar el crecimiento y crear puestos de trabajo.

Pero de momento la eurozona encadena ya seis trimestres consecutivos de contracción del crecimiento. Nunca antes en tiempos de paz se había perdido tanto bienestar ni se habían ampliado tanto las desigualda-



des. La recesión daña especialmente a los países del Sur y en particular a España, pero también empieza a afectar a Holanda y Alemania.

Este número de *Temas para el Debate* intenta explorar las causas y consecuencias de esta crisis de la unión monetaria y cuáles serían las políticas alternativas posibles para superarla. Ya no se trata de pedir "más Europa", como la izquierda española ha venido haciendo, ahora se trata de saber de qué Europa se trata, de una Europa capaz de reivindicar su construcción democrática, de armonizar su fiscalidad, de preservar su sistema de protección social, de luchar unida contra el fraude y los paraísos fiscales y hacer frente a la lacerante lacra del paro.

La historia está por escribir y el ¿Quo vadis Europa? será el resultado de las fuerzas políticas en presencia en los Estados miembros y en las instituciones comu-

nitarias. Cuatro son los posibles escenarios para el futuro de Europa: 1) continuar "muddling through", "chapo-teando en el barro", o apañándose como se pueda sin un proyecto claro; 2) la ruptura de la eurozona; 3) una evolución hacia dos niveles de integración, con un núcleo duro reducido y estable excluyendo a los demás; o 4) completar la unión monetaria con una unión fiscal y política, reparando los defectos de la concepción inicial del euro.

En las contribuciones a esta publicación se consideran estas distintas opciones desde diversos ángulos, económicos, políticos e institucionales, con una clara preferencia por la cuarta opción, porque rechazamos la lectura fatalista de la crisis y el "no se puede hacer otra política" o "no hay alternativas a la austeridad que se nos impone", y porque sería grave dar marcha atrás al proceso de integración europea.

Este editorial está escrito en el momento en el que se empieza a tomar conciencia del desastre al que están conduciendo las políticas de contracción fiscal, que son la consecuencia de un mal diagnóstico de la crisis a la que se considera como un problema de excesivo déficit y endeudamiento público. La Comisión ha concedido dos años más de plazo para que España, Italia y Francia alcancen el objetivo del 3% de déficit como paso previo a conseguir el equilibrio presupuestario en los términos estructurales que hemos sacralizado en la Constitución. Es la consecuencia, a la vez, de la im-

madas en consideración. Los niveles de paro juvenil obligan a adoptar medidas urgentes de apoyo a la actividad y a intentar reanimar el circuito del crédito que está ahogando a la economía de media Europa.

Nadie duda de la necesaria sostenibilidad de las cuentas públicas. Pero no todos los problemas han sido y son fiscales. Grecia era un claro problema fiscal, pero ni España ni Irlanda lo eran. En Grecia el déficit creó la crisis, pero en España la crisis creó el déficit. Lo ocurrido demuestra los fallos de concepción y aplicación del Pacto de Estabilidad y Crecimiento y la insuficiencia de una coordinación de las políticas económicas que se limitaba a una política de los déficits públicos.

También se ha constatado que los plazos de consolidación fiscal deben ser compatibles con el mantenimiento del crecimiento en un momento en el que los sectores privados de la economía –financiero y no financiero– están en pleno proceso de reducción de su excesivo endeudamiento. Las reformas estructurales tardan en surtir efectos positivos y solo son posibles si se acompañan con el crecimiento económico.

La crisis ha hecho evolucionar la integración europea creando mecanismos de solidaridad condicionada que eran impensables unos años antes. El euro ha salvado la fase aguda de su crisis gracias a que el BCE ha desempeñado en la práctica la función de prestamista en última instancia, que los tratados le niegan. Por eso

es necesario revisar la estructura institucional de la unión monetaria para dotarla de un sistema de gobierno que evite la repetición de la crisis y que no se limite a reforzar la exigencia de disciplina fiscal.

El futuro de Europa dependerá de la capacidad de combinar inteligentemente la disciplina fiscal (austeridad) con el crecimiento. Y hasta ahora no ha sido así y hay que reequilibrar el *mix* de política económica.

Para ello es preciso avanzar en la unión bancaria, la unión fiscal y la unión política, y a este proceso se refieren las contribuciones de este número de TEMAS. Desde el entendimiento de que es necesario reencontrar un proyecto en el que los ciudadanos europeos puedan percibir los beneficios en su vida cotidiana y evitar la marcha atrás de una Europa que ha perdido la fuerza de su proyecto original y que a fuerza de hacer demasiado poco y demasiado tarde está amenazada de una marcha atrás que puede y debe evitarse. **TEMAS**

Ya no se trata solo de pedir "más Europa", como la izquierda ha venido haciendo, sino de saber qué Europa se necesita, con un sistema de gobierno democrático que evite la repetición de la crisis, que armonice la fiscalidad y que preserve el sistema de protección social y las posibilidades de empleo.

posibilidad de alcanzar los objetivos propuestos y de las reacciones en contra que se han manifestado en los resultados de las elecciones italianas, la impopularidad de los Gobiernos de Rajoy y de Hollande y hasta el rechazo de Holanda a tomar más medidas de austeridad, a pesar de que su déficit excede netamente del 3% del PIB.

En el debate entre crecimiento y austeridad las voces que argumentan que la austeridad sin crecimiento no hace sino agravar el problema empiezan a ser to-